

Anoche soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

La reducción filosófica de la cuarteta es maravillosamente ortodoxa para un lógico despierto. La conversión amorosa al reino de la poesía es el triste quejido místico y poético de que Dios se le ha ido. Pero advertir la justeza de intuición y lenguaje: A Dios veía, a Dios hablaba, Dios me oía: es después, ese terrible *después de* la poesía, el *ahora* desolado de la prosa, cuando sueña que soñaba.

Preguntad a San Juan de la Cruz por su noche mística, amable más que el aborada, y os contestará a punto de volver entre sí entre requiebros de alegría y contentos infantiles:

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

En la noche llena de luz que seguirá al día vacío en sombras que nos entenebrece, nuestra vida será—para gozo nuestro—poesía.

C

